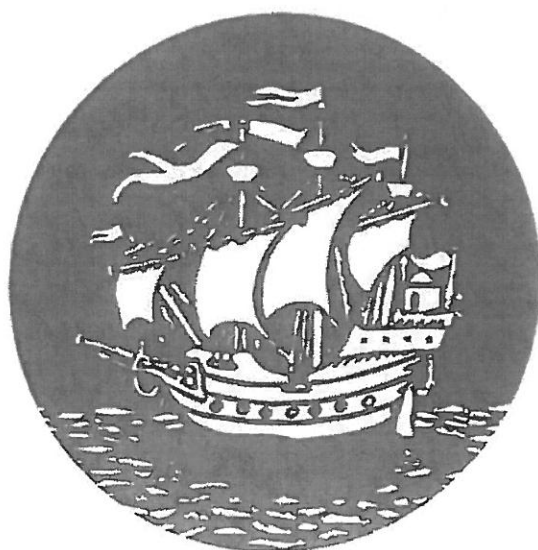


GlobalPottery 1.  
Historical Archaeology and  
Archaeometry for Societies in  
Contact

Edited by

Jaume Buxeda i Garrigós  
Marisol Madrid i Fernández  
Javier G. Iñáñez



BAR International Series 2761  
2015

Published by

Archaeopress  
Publishers of British Archaeological Reports  
Gordon House  
276 Banbury Road  
Oxford OX2 7ED  
England  
Info@archaeopress.com  
www.archaeopress.com

BAR S2761

*GlobalPottery 1. Historical Archaeology and Archaeometry for Societies in Contact*

© Archaeopress and the individual authors 2015

ISBN 978 1 4073 1423 5

Printed in England by Digipress, Didcot

All BAR titles are available from:

Hadrian Books Ltd  
122 Banbury Road  
Oxford  
OX2 7BP  
England  
<http://www.barpublishing.com>

The current BAR catalogue with details of all titles in print, prices and means of payment is available free from Hadrian Books

FE DE ERRATAS:

Mena García, Carmen: "Santa María de la Antigua del Darién".

En pág. 256: Dónde se cita a Panamá y fecha de fundación, debe leerse Acla y dónde se cita a Acla y fecha de fundación, debe leerse Panamá.

# Santa María de la Antigua del Darién: las huellas de una ciudad perdida

# 19

Carmen Mena García

Universidad de Sevilla, C/ Doña María de Padilla, s/n, 41004 Sevilla (Spain) (cmena@us.es)

*La región selvática del Darién, que actualmente comparten las repúblicas americanas de Panamá y Colombia, fue el escenario de una de las experiencias más tempranas e interesantes que se conocen de la conquista del Nuevo Mundo por los españoles. Santa María de la Antigua del Darién, fundada en 1510 junto a uno de los afluentes del Atrato, se convierte en la primera ciudad española de las tierras continentales y laboratorio fronterizo de prácticas guerreras y nuevas instituciones. Analizamos en estas páginas los orígenes históricos de este enclave, así como los esfuerzos arqueológicos para el rescate de la ciudad perdida.*

KEYWORDS: DARIÉN, SANTA MARÍA DE LA ANTIGUA, TIERRA FIRME, DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA, ARQUEOLOGÍA AMERICANA, COLOMBIA, PANAMÁ, URBANISMO COLONIAL

## 19.1 Conquistar y poblar

La gran empresa pobladora y colonizadora fue lo que singularizó y dio sentido a la expansión hispánica en las tierras americanas. Sin duda, "el colosal proceso urbanizador acontecido en América entre 1492 y 1810 constituyó un fenómeno único en la historia de la humanidad por su densidad, equilibrio y continuidad en el tiempo" (Lucena 2005, 21). Como era de esperar, los españoles y en menor medida los portugueses trasladaron al Nuevo Mundo muchos de los elementos básicos de su cultura de origen, entre éstos el paradigma urbano y la convicción unánime de la superioridad de esta forma de organización enraizada en Grecia y Roma. La ciudad—la sociedad urbana—era considerada en aquella época como la forma más elevada de vida que podía alcanzar el ser humano, la forma "perfecta", según había sostenido Aristóteles muchos años atrás. El hombre, como *zoon politikon*, estaba destinado a vivir en sociedad y para ello era necesario que existiera un orden regido por la ley y la autoridad. Y así "vivir en república" (*res publica*), según el lenguaje de la época, era sinónimo de "vivir en policía" (*polis*), es decir llevar una vida urbana, ordenada y arreglada de acuerdo a unos cánones dictados para el bien común.

Se ha dicho que si el conquistador puebla de ciudades el continente americano es porque trae la ciudad en su mente, en su legado cultural propio del Renacimiento y al mismo tiempo de tradición medieval, pues es portador de la reciente experiencia pobladora de la Reconquista ibérica contra los musulmanes. Esta *praxis* no surge y se extiende de forma espontánea. Responde, por el contrario,

a los dictados centralizadores de los monarcas hispanos y persigue una clara intencionalidad política dado que la concentración de los grupos humanos en villas y ciudades permite un control mucho más eficaz que la dispersión. Núcleos urbanos, centros de poder—civil y religioso—y de la actividad comercial que se expande sobre los territorios adyacentes en breve espacio de tiempo, como un tornado de fuerza arrolladora. En el proceso de conformación de las nuevas sociedades americanas el primer paso viene dado por la transformación de la hueste—grupo guerrero, por esencia explorador y trashumante—en colectivo urbano, lo que implica arraigo y estabilidad. La fundación de núcleos urbanos en las tierras arrebatadas a los indios constituye, además, para el capitán de la hueste la única vía para legitimar la conquista y cumplir adecuadamente con el pacto contractual de sus capitulaciones. Con demasiada frecuencia el conquistador actúa impulsivamente porque es consciente de que otros compañeros le siguen los pasos y pueden arrebatarse honores y privilegios. Y como las prisas siempre fueron malas consejeras, no elige el lugar adecuado. En numerosas ocasiones la estabilidad del asiento va unida a la fortuna del capitán—tal es el caso de Santa María de la Antigua, el reino de Balboa—o bien a las adversas circunstancias: geográficas, climáticas o estratégicas, que acechan el asiento elegido. Como es bien sabido, el fenómeno de los traslados de las ciudades americanas constituye un proceso tan señalado e interesante como el de las mismas fundaciones que perduraron en el tiempo. Un buen número de los nuevos asentamientos hispanos se fundaron, mudaron y abandonaron por voluntad del conquistador, por mandato de las autoridades o por razones de conveniencia de los

vecinos y tuvieron una historia, a veces tan fugaz que ni siquiera se conservan noticias de ellos. Pero otras tantas, una vez cumplida su misión originaria y perdida la razón de su existencia, se desvanecieron poco a poco tras una anticipada vejez. Cuando esto ocurría, los vecinos emprendían una forzada diáspora y se trasladaban a otros núcleos cercanos de mayores alicientes y con mayores posibilidades de éxito. Pueblos, villas y ciudades fueron de este modo abandonados por sus fundadores y engullidos por la vegetación o por el paso de los años, aunque algunas sobrevivieron durante mucho tiempo en el recuerdo de sus antiguos vecinos (Hardoy 1989, 9-39).

## 19.2 Los primeros asentamientos en la Tierra Firme

Se ha señalado que durante los primeros cincuenta años (1492-1542) de la presencia española en América el proceso de urbanización territorial atravesó por dos etapas claramente diferenciadas. La primera de ellas se inicia en las Antillas, escenario temprano de la presencia hispánica y finaliza precisamente en 1519, tras la fundación de la ciudad de Panamá con Pedrarias Dávila. Durante los dieciséis años que promediaron entre el establecimiento colombino de Santa María de Belén (1503) en la costa atlántica, junto a la desembocadura del río Veragua, y la fundación de Panamá (1519) por el gobernador Pedrarias Dávila en la costa del Mar Pacífico, la Tierra Firme fue testigo de un rosario de fundaciones precipitadas y abortadas en muy corto espacio de tiempo hasta el punto de que hoy día muchas de ellas ni siquiera son conocidas. Todas respondían a los mismos condicionantes políticos, económicos y estratégicos dictados por la política estatal y por el razonable sentido común de los conquistadores: proseguir y trasladar la actividad exploradora desde el escenario insular del Caribe a las costas continentales y establecer relaciones seguras con España y con Santo Domingo, hasta entonces capital y motor de las Indias.

Aquí en las tierras continentales del Darién, en el flanco occidental de la culata del golfo de Urabá, Santa María de la Antigua, fundada en 1510 por la maltrecha hueste del bachiller Martín Fernández de Enciso, se erige desde muy pronto como el centro matriz o núcleo de irradiación de otras fundaciones tempranas instaladas en la línea costera o en el interior del territorio, con mayor o menor fortuna. El propósito de los españoles de establecerse en el golfo de Urabá y en la región selvática del Darién se revela como un esfuerzo descomunal con un alto coste en vidas humanas. Desde 1493 las tierras americanas comenzaron a sepultar a españoles en sus entrañas, pero la primera frontera de la América continental fue, sin dudar, un auténtico cementerio de conquistadores. La conquista de la Tierra Firme se inicia con propiedad en 1510. Tras el fracasado propósito de las huestes de Nicuesa de establecerse en el litoral atlántico, en donde fundan el precario asiento portuario de Nombre de Dios (1510), los españoles supervivientes, diezmados y enfermos, se repliegan a las selvas del Darién buscando la ayuda de los guerreros que han llegado a aquellas tierras en compañía de Alonso de Ojeda. Éstos se establecen primero en la costa

oriental del golfo de Urabá en donde fundan *San Sebastián* (marzo de 1510), no más que un precario fortín en donde guarecerse de los ataques de la indiada, que terminará siendo abandonado por el acoso de los indios caribes. Con mayor fortuna se realiza, como ya adelantamos, un segundo intento en las tierras occidentales de esa misma culata. Nace así en 1510, tal vez por el mes de noviembre, Santa María de la Antigua del Darién, la primera villa de españoles, sostén y refugio de varios centenares de hombres y un puñado de mujeres liderados por Vasco Núñez de Balboa. Éstos han sobrevivido a la debacle acaecida a dos huestes gemelares, que operan a un mismo tiempo aunque con mandos diferentes en aquel territorio continental: la del gobernador Diego de Nicuesa en Veragua y la de Alonso de Ojeda en Urabá. Por extraño que pueda parecer, el nuevo asiento no se establece en la costa, como hubiera sido lo más razonable, sino en el interior de la selva, a orillas del río Darién (hoy Tanela) en un dédalo fluvial, inundable y húmedo, pero a buen recaudo de los ataques de los temibles indios caribes. El poblado arraiga y cinco años más tarde obtiene de la corona el título de "muy noble y muy leal ciudad de Santa María de la Antigua del Darién" (Real Cédula fechada en Burgos, 20/07/1515) lo que la convierte en la primera ciudad europea de la Tierra Firme. Más aún en 1510, año de su fundación, Santa María constituye además "el asentamiento más occidental de la civilización cristiana y también uno de los más meridionales junto con unas cuantas factorías portuguesas en África" lo que le proporciona una condición de frontera límite de extraordinaria importancia (Vignolo y Becerra 2011, 21) (Figure 19.1).

El propósito de colonización y explotación de la Tierra Firme, bautizada como *Castilla del Oro* desde 1513, pone de relieve como ningún otro los inconvenientes de trasladar masivamente a grupos de españoles a tierras americanas sobre las que se poseía un conocimiento incompleto de sus recursos y clima (Hardoy 1989, 19). Ya los contemporáneos observaron que todos los esfuerzos de esta índole habían fracasado estrepitosamente con un elevado costo en dinero y vidas humanas y advirtieron al monarca con fundada razón para evitar que se repitieran. Bien es sabido que la expedición pobladora de Pedrarias fue uno de los proyectos más tempranos y ambiciosos que se conocen, sólo comparable al del Cristóbal Colón en su segundo viaje (1493) y al del gobernador Nicolás de Ovando cuando se dirigía a La Española (1502). Se trata en los tres casos de empresas estatales financiadas con caudales públicos y supervisadas directamente por las autoridades, una extraordinaria inversión para las exhaustas arcas reales. La implicación entusiasta de la Corona resulta evidente. Y así el rey Fernando declara en noviembre de 1513 que el proyecto que se preparaba para colonizar Castilla del Oro "es uno de los más grandes que hoy hay en el mundo" (Mena 1998, 34). En julio de 1514, a la llegada del nuevo gobernador Pedrarias al Darién, varios centenares de españoles se concentran en una sola población: el asiento de Santa María, que hasta ahora ha sido suficiente y acomodado a propósito para alojar a las diezmadas huestes de Balboa. Pero el gobernador viene en compañía de una expedición que sobrepasa los



mil colonos: una auténtica avalancha humana que inunda el humilde asiento español provocando la quiebra de la pequeña colonia con hambrunas y epidemias. En seis meses ha muerto la mitad de los recién llegados. Con urgencia Pedrarias dispone cabalgadas de exploración y conquista en todas las direcciones del territorio. Es preciso tener entretenidos a aquellos alborotados guerreros y de paso buscar alimentos en abundancia, los suficientes para sostener a un contingente que sigue siendo demasiado numeroso. También conviene descongestionar a Santa María de la Antigua distribuyendo a los españoles recién llegados por la geografía conocida o por explorar. En efecto, entre los planes del gobernador se incluye como una de las tareas más urgentes la de la fundación de nuevos asentamientos españoles en donde la población se reparta adecuadamente, y si estos asentamientos facilitan la comunicación con el nuevo océano, mucho mejor. Hace tan sólo unos meses (septiembre, 1513) que el extremeño Vasco Núñez de Balboa ha descubierto la Mar del Sur y aún no se descarta la posibilidad de encontrar en aquellas tierras una ruta transoceánica, un estrecho o vía natural, que conduzca a los barcos españoles directamente a las Molucas o islas de la Especiería. Pedrarias lleva instrucciones regias en tal sentido

Que en los pueblos y lugares que hiciéredes dentro de la tierra los hagáis en parte que os podáis aprovechar para descubrir la otra tierra. Habéis de procurar con todo cuidado de tener fin en lo de los pueblos que hiciéredes en la tierra adentro, que lo hagáis en parte y asentamientos que os podáis aprovechar de ellos para por tierra descubrir la otra costa de la mar, que estos indios dicen que está tan cierta y tan cerca de la otra; y porque de acá no se os puede dar regla cierta ni aviso particular para la manera que se ha de tener en hacerlo, sino que la experiencia de las cosas que allí sucedieren os han de dar la habilidad y aviso de cuándo y cómo se ha de hacer (Mena 1992, 222).

En los seis meses siguientes se produce una intensa actividad pobladora en tierras de cacicazgos indígenas, muchos de los cuales aún no han sido sometidos o simplemente se niegan a prestar colaboración. Se envían hasta siete entradas en todas las direcciones, todas con resultados muy mediocres. De manera precipitada, se ponen los cimientos de un rosario de fundaciones mal planeadas y abocadas al fracaso. Y ni siquiera hay tiempo para bautizar a algunas de ellas con nombres castellanos o prestados del santoral cristiano, como era costumbre. Surgen así *Fonseca Dávila* (ó *Río de los Anades*), establecido entre dos ríos, a unos veinticinco kilómetros de distancia al sur de Santa María de la Antigua, *Pocorosa*, *Tubanamá*, y el puerto de *Santa Cruz*, fundado por el capitán cordobés Juan de Ayora, que apenas duraron unos meses. Unas fueron abandonadas por la esterilidad del asiento, otras por la presión indígena, y otras por la falta de alimentos y minas de oro. Las enfermedades endógenas y los ataques de la indiana hicieron el resto. Fracasa el intento de los españoles de establecerse en la región del Cenú, al otro

lado del golfo de Urabá. Hasta allí se dirige por mar en septiembre de 1514 una expedición de doscientos hombres en tres embarcaciones dirigida por Pedrarias "el Mancebo", el joven e inexperto sobrino del gobernador, que tuvo que replegarse ante el acoso de los belicosos indios flecheros con un saldo de cincuenta fallecidos. Meses más tarde el capitán Francisco Vallejo lo intenta de nuevo con una hueste de ciento ochenta hombres que se pierde íntegra en aquellas costas. No le faltaban razones a Pedro de Ayllón uno de los guerreros que estuvo en Cenú cuando ya de regreso a España se lamentaba de que en la conquista de Tierra Firme "la gente que llevó el dicho Pedrarias pasaron mucha necesidad de hambre y dolencias y trabajos de la tierra y tales y tantos que en todas las Indias nunca se han visto ni oído otros tales". Tampoco se logra el propósito de establecer una cabeza de puente en la costa del Mar del Sur, en el cacicazgo de *Tumaco*, en donde Pedrarias intenta sin éxito por medio de su capitán Juan de Ayora fundar un nuevo pueblo de españoles en 1515, cuatro años antes del establecimiento de Panamá. Pero no todo fueron fracasos. La expedición que dirige en persona el gobernador Pedrarias a las tierras del cacicazgo de Careta, en el litoral caribeño, sacudidas por una auténtica guerra civil entre hermanos rivales, permite primero, el establecimiento de un fortín (diciembre 1515), y meses más tarde (agosto 1516), gracias a Balboa, la población de una nueva villa española, que recibe el nombre de *Acla* ó *Huesos humanos* en recuerdo de tantos guerreros como murieron en aquella lucha fratricida. El gobernador pretende establecer un eje Careta-Golfo de San Miguel, para conectar la costa atlántica y pacífica del istmo. Pues como observa Anderson, "*the Darien was the first route across the Isthmus by white men and was seriously considered as a location for an interoceanic canal*" (Anderson 1911, 1).

El caso de *Acla* resulta especialmente interesante. El pequeño fondeadero caribe (Bahía de Aglotamate) sobrevive a duras penas hasta mediados de siglo, merced a su privilegiada ubicación junto a una ribera fluvial (*río Arias*) y al descubrimiento de minas de oro en sus cercanías. En adelante este enclave será utilizado como base de partida de muchas de las expediciones que se proyectan hacia el este de la gobernación. Se comunica muy dificultosamente con Santa María de la Antigua, la capital del territorio, en donde residen las autoridades civiles y religiosas, a través de un tosco camino, abierto a golpe de machete a través de selvas y vías fluviales. En 1524, acoge también con generosidad al pequeño grupo de vecinos que serán desalojados de la ciudad de Santa María en una extraña simbiosis reflejada en el nuevo nombre con el que se conoce a la villa: en adelante *Santa María de la Antigua de Acla*.

Como tuvimos ocasión de manifestar

los humildes asentamientos hispánicos del primer Darién, allá en las tierras selváticas que miran al Caribe, estaban abocados al fracaso y muy pronto fueron abandonados ante la atracción que ofrecían las tierras altas y las sabanas del litoral del Pacífico, mucho más favorables para ser colonizadas. Finalmente sólo arraigaron las cabezas de puente: Nombre

de Dios (una vez repoblado en 1519) en la costa atlántica y Panamá en el Pacífico, de indudable valor geopolítico pues aseguraba la comunicación interoceánica a través de una vía, mitad terrestre, mitad fluvial—el río de Chagres, llamado originalmente "de los lagartos" (Mena 2011, 42–43).

Cronología de las fundaciones tempranas de la Tierra Firme:

- Santa María de Belén (1503) Fundada por Colón en su cuarto viaje en tierras de Veragua.
- San Sebastián de Urabá (marzo de 1510) Fundada por la hueste de Alonso de Ojeda en la costa oriental de la culata del golfo de Urabá.
- Nombre de Dios (1510) Fundada por Diego de Nicuesa, abandonada y nuevamente ocupada a partir de 1519 por Diego de Albítez siguiendo órdenes del gobernador Pedrarias.
- Santa María la Antigua del Darién (a finales de 1510) Fundada por la hueste del bachiller Martín Fernández de Enciso en tierras del cacique Cemaco, en el flanco occidental del golfo de Urabá. Capital del territorio hasta 1519.
- Fonseca Dávila (1514) Fundada por el capitán Hernán Pérez de Meneses, también llamada el *Río de los Anades*.
- Santa Cruz, puerto de (1514) Fundado por Juan de Ayora en la provincia de Comogre; a unas treinta leguas de Santa María; destruida por un ataque conjunto de varios cacicazgos instigados por Pocosora.
- Tubanamá (1514) fortín establecido por Juan de Ayora; destruida por los indios.
- Pocosora (1514) fortín establecido por Juan de Ayora; destruida por los indios.
- Tumaco (1514) fortín en la costa del Mar del Sur (provincia de Chitarraga).
- Panamá (1515 o 1516) En tierras del cacique Careta. Fundada a fines de 1515 o en los primeros días de enero de 1516 por Pedrarias. En agosto de 1516 el gobernador envía a Balboa para que la repueble y lo hace con éxito.
- Acla (1519) en el Pacífico. Se convierte en la nueva capital del territorio que pasa a denominarse desde 1513 "Castilla del Oro", sustituyendo a Santa María de la Antigua del Darién.

### 19.3 Santa María de la Antigua del Darién: la primera ciudad española de la América continental

Cuando los españoles se establecieron por primera vez y de forma permanente en el continente americano eligieron las tierras del golfo de Urabá y del Darién colombiano, ese inmenso tapón verde de la pluvioselva tropical,—uno de los más húmedos y densos del planeta—plagado de ríos, miasmas y pantanos, en donde todavía hoy se interrumpe la carretera panamericana que une a los dos continentes. Un lugar enfermo e insalubre, en modo alguno

recomendable para establecer una colonia con garantías de éxito. El pequeño fortín de San Sebastián de Urabá era insostenible y muy pronto los españoles, instigados por la hambruna y por las terribles flechas envenenadas de los indios tuvieron que abandonarlo, iniciando su particular peregrinaje al otro lado del golfo. Las circunstancias que rodearon a este éxodo permite concluir que la fundación del nuevo establecimiento "no respondía a una selección deliberada de un lugar adecuado, sino a la necesidad de encontrar un lugar seguro contra los indios de Urabá y conseguir alimentos" (Sauer 1984, 263). Tras una cruenta escaramuza con los indios de Cemaco, la famélica hueste del bachiller Martín Fernández de Enciso procedió a fundar una villa española con las solemnidades acostumbradas, dándole por nombre Santa María de la Antigua del Darién. Observa Kathleen Romoli que dicha villa fue ubicada "en un valle angosto y pantanoso, a cinco millas del mar, en una situación estratégicamente inadecuada, en donde era imposible producir alimentos para más de unos cientos de personas" (Romoli 1955, 20). En efecto, el lugar elegido se encontraba a considerable distancia del litoral, en lo más profundo de un valle inundable, rodeado de montes y pantanos, a la orilla de un río—*el Tanela*—que era utilizado como ruta estratégica para llegar al mar y escapar del aislamiento. Sin embargo, para sus primeros vecinos el asiento del Darién ofrecía, como ya dijimos, una importante y decisiva ventaja: era un refugio cómodo y momentáneo contra los ataques de los feroces urabáes, instalados en la orilla este del golfo, en Punta Caribana. Y por si esto no fuera poco, el poblado indio de Cemaco, en donde fue levantada la nueva ciudad española, disponía de una población pacífica y dispuesta a colaborar con los invasores. Allí los españoles encontraron alimentos en abundancia y la suficiente mano de obra para emplearla en sus granjerías y sementeras. (Mena 2011, 52 ss.).

Lentamente la improvisada aldea fue consolidándose hasta alcanzar, como ya vimos, la consideración de ciudad, la más alta distinción urbana de aquellos tiempos y, como tal, su escudo de armas presidido por la imagen de Nuestra Señora de la Antigua, virgen sevillana protectora de la nueva urbe. Una primera reflexión conviene hacer respecto. A diferencia de otras ciudades americanas, cuando se funda la ciudad de Santa María de la Antigua no se elige un emplazamiento nuevo sino que se aprovecha el poblado de los aborígenes allí asentados, utilizando sus bohíos como casas, sus tierras de labor para el sostenimiento de los invasores y todos sus materiales para la edificación de las nuevas viviendas. Las solemnes declaraciones a las que tan dados eran los españoles de aquella época pueden conducirnos a error. Los cronistas de la conquista de Tierra Firme hablan con un alarde de magnificencia, carente de fundamento, de la "ciudad" de Santa María de la Antigua del Darién. ¿Pero realmente se ajustaba ésta al paradigma europeo de ciudad que hoy día comúnmente aceptamos? Es seguro que no. No lo fue en tiempos de Balboa y es posible que no llegara a serlo tampoco cuando Pedrarias la abandona, trasladando en 1519 la capital a la nueva ciudad de Panamá, por él fundada al borde del Pacífico. Aunque, sin duda, tenía razón Oviedo cuando declaraba con orgullo que: "...esta población es el principio y fundamento de todo lo

que en Tierra Firme, así en la costa del Norte como en la del Sur, está descubierto y poblado de cristianos", la descripción idílica que de ella nos ofrece, como vecino y defensor interesado de la nueva villa, debe interpretarse en este contexto al igual que tantos otros testimonios coetáneos: "Muy sana la tierra, e acudieron las labranzas mucho abundantes, e las minas del oro tiene a tres e cuatro leguas de la ciudad, e la ribera muy buena e de muchas pesquerías, e muy grandes monterías de puercos e venados e otras salvajinas; e no pueden dejar de conocer los que perseveraron que *el Darién era la mejor cosa de la Tierra Firme*". (Oviedo 1959, III, 236).

Desconocemos la traza urbana de Santa María, si es que la tuvo. El sitio probable del asiento español, explorado por la expedición del rey Leopoldo de Bélgica, si bien no permite hacernos una idea exacta de su plano original, sugiere la existencia de "calles bien dimensionadas" (Verlinden y Reichel Dolmatoff 1958, 44). En 1514 disponía de un centenar de bohíos, una plaza o un gran espacio abierto, así como un remedo de hospital (de *Santiago*), una iglesia (de *San Sebastián*) y un convento de franciscanos con tres o cuatro frailes. Apenas sabemos nada más acerca de la estructura urbana de San María, si tuvo alguna ordenación de sus solares de acuerdo a un modelo regular, como luego se observa en el trazado de la ciudad de Panamá, y muy poco sobre el número de sus viviendas. Los más antiguos testimonios que se conocen manejan cifras dispares. Oviedo aseguraba que a su llegada al territorio, en julio de 1514, la villa disponía de "cien bohíos", pero tan sólo siete meses más tarde otro ilustre vecino duplicaba esta cifra: "Decid a Su Alteza—encargaba en febrero de 1515 el obispo Quevedo al maestrescuela Toribio Cintado—cómo hallamos este pueblo bien aderezado, más de doscientos bohíos hechos, la gente alegre y contenta, cada fiesta jugaban cañas y todos estaban puestos en regocijo, tenían muy bien sembrada toda la tierra de maíz y de yuca, puercos hartos para comer". Una carta del soberano a Pedrarias, redactada el 2 de agosto de 1515, aporta una nueva estimación sobre el número de viviendas: "Decís que ya hay en la ciudad del Darién trescientas casas y que ya hubiera mil si no hubiera sido por las dolencias". De acuerdo, con las instrucciones que lleva el gobernador, éste procede a repartir solares y tierras y ordena buscar un edificio adecuado para levantar una Casa de la Contratación en donde depositar las mercancías y otra para la fundición del oro. En la mayoría de los centros poblados por los españoles la Casa de la Contratación y la de la Fundición del oro fueron siempre objetos de primerísima atención. Así se observa en las islas antillanas, en donde un informante aseguraba allá por 1533 que "las casas mejor aderezadas son las de la Contratación y la Fundición" (Sánchez Bella 1968, 229). Y así ocurrió más tarde en las tierras continentales. Claro que para ello habría de transcurrir mucho tiempo, el necesario para la sedentarización de la conquista y de los hombres que la protagonizaron. Por eso, no esperemos encontrar en el Darién—típico enclave fronterizo y guerrero—costosos edificios de cantería o de madera. Aquí todo es pura improvisación y precariedad constructiva, tal y como indican los testimonios de la época.

La iglesia era el centro más emblemático de cualquier población española. La sociedad colonial, trasunto y

remedo de la española, era ante todo una comunidad de fieles cristianos, de ahí la importancia que siempre tuvo el edificio que la albergaba en cualquier centro urbano, por modesto que este fuera. Oviedo informa que la primitiva iglesia del asiento de Santa María de la Antigua se llamaba *San Sebastián*. Curiosamente los vecinos decidieron poner su iglesia bajo la misma advocación del santo milite romano que murió asaetado, y que había inspirado el primitivo asiento español—San Sebastián de Urabá—instalado en tierras del golfo. Más tarde, cuando el territorio se convirtió en sede de un nuevo obispado se dispondrá la construcción de una iglesia catedral, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Antigua, más espaciosa y acorde al rango eclesiástico de la urbe. A este respecto, el monarca había dispuesto que se le concedieran cuatro solares en la plaza de la ciudad y como rentas para su construcción dos caballerías de tierra y 150 castellanos. Cuando finalizaba el año de 1515, el obispo informaba que ya había sido levantado el edificio en medio de la plaza. Seguramente se trataba de una humilde construcción con cubierta de palma y bajareque, como el resto de las viviendas de los vecinos, aunque con mayores pretensiones, pues era allí donde se celebraba el culto divino. Una carta de aquellos meses nos la describe "como una honrada iglesia (hecha) de la manera de allá". ¿Y cuál era la manera de allá?

Como cabría esperar de un poblado fronterizo, que había sido levantado con ímprobos esfuerzos entre ríos y ciénagas, en lo más profundo de la selva, las viviendas más utilizadas por los vecinos del Darién fueron las mismas que desde tiempos ancestrales usaban los indios del Caribe antillano y la Tierra Firme: los *bohíos*. Este habitáculo de pequeñas dimensiones y simplicidad constructiva fue adoptado rápidamente por los colonos que se asentaron, primero en las islas y luego en el continente, porque siendo fácil y barato cumplía con el requisito básico y urgente de protección climatológica. La tierra era generosa y proporcionaba los materiales de construcción necesarios cuando prácticamente se carecía de todo, incluido un modesto clavo, una teja o un ladrillo. A la postre los españoles terminaron valorando las cualidades de los materiales autóctonos: "Y púedese tener por cierto—asegura Oviedo—que los dos o tres años primeros, la cubierta de paja, si es buena y bien puesta, que son de menos goteras que las casas de teja en España" (Oviedo 1959, I, 144). E incluso llegaron a convertirse en diestros constructores de bohíos, y al igual que había artesanos en la construcción de las embarcaciones (*carpintero de ribera*) o de casas a la usanza española (*alarifes*), también hubo vecinos que se especializaron en la fábrica de bohíos. En aquellos días se les conocía como *carpinteros de hacer bohíos*, y sin dudar que esta ocupación terminaría convirtiéndose en un provechoso negocio.

Muy pronto, sin embargo, esta arquitectura autóctona fue tamizada por el patrón cultural occidental y lentamente reprodujo el modelo residencial al uso, incorporando una tecnología constructiva mucho más compleja y refinada. Refiriéndose a las casas de los españoles, Oviedo observaba que

Los cristianos hacen ya estas casas en la Tierra Firme con sobrados e cuartos altos e ventanas,



porque como tienen clavazón e hacen muy buenas tablas y lo saben mejor edificar que los indios hacen algunas casas de aquestas tan buenas que cualquier señor se podría aposentar en algunas de ellas (Oviedo 1959, I, 144).

Y más adelante se refería con orgullo a la vivienda que él mismo había mandado construir en Santa María de la Antigua por la elevada suma de 1.500 pesos de oro "que no tenía sino madera e cañas e paja e alguna clavazón", pero en la que "se pudiera aposentar un príncipe, con buenos aposentos altos e bajos e con un hermoso huerto de muchos naranjos dulces y agrios y cidros y limones". Por lo que puede apreciarse, en un corto espacio de tiempo el bohío o prototipo indígena adoptado por los españoles para la construcción de sus viviendas experimenta una importante transformación como resultado de la incorporación de los materiales y la tecnología autóctona a los conocimientos constructivos europeos y al empleo de materiales importados de la metrópoli, como ladrillos, tejas para las cubiertas, clavos y herrajes en general. Conforme la colonización se asienta con bases firmes, los vecinos comienzan a construir sus viviendas con voluntad de arraigo, lo que se traduce en la edificación de viviendas de mayor solidez y complejidad arquitectónica que tienden a imitar el modelo peninsular hasta en sus más mínimos detalles. De este modo, los bohíos o casas de materiales frágiles y perecederos, inspirados en el patrón indígena, son reemplazados poco a poco por viviendas construidas a veces a doble altura, bien en madera, bien en mampostería, con tapias de caña y barro. Ello no implica que el bohío desaparezca del paisaje urbano de la ciudad. Por el contrario, su estructura simple y su tecnología primaria la convierte en la vivienda prototipo de los grupos sociales más humildes y especialmente de indios, mestizos y gente de color. El bohío acabaría convirtiéndose en un elemento clave de diferenciación social para el vecindario en esa particular sociotopografía urbana que exhiben los primeros centros coloniales.

¿De qué población disponía el asiento español? En un periodo histórico tan temprano y tan escaso de recuentos fiables la respuesta no resulta nada fácil. Solo contamos con las declaraciones de los protagonistas de aquella aventura, datos que en ocasiones son inexactos e incluso contradictorios. Si confiamos en la veracidad del testimonio de Vasco Núñez de Balboa, en su carta redactada el 20 de enero de 1513, el asiento de Santa María disponía en sus inicios de unos trescientos españoles, en su mayor parte aventureros procedentes de España y otros que no habían tenido suerte en La Española (Medina 1913, II, 129, ss.). Pero en el verano de 1514 el número de vecinos había aumentado hasta alcanzar el medio millar, aproximadamente. Constituía aquel lugar—en palabras de Oviedo—"una muy gentil población". Sin duda, se trataría de un sencillo poblado de chozas con cubiertas de palmas y bajareques, similares a los bohíos de los indios, pero bien dispuestas y acomodadas para dar alojamiento a los quinientos quince hombres que formaban el vecindario, junto con los mil quinientos indios e indias que les servían en sus casas y rozas (Oviedo 1959, III, 232). Con la llegada de la expedición de

Pedrarias las cosas se complicaron, pues una verdadera avalancha humana de unas mil quinientas personas inundó el poblado, buscando acomodo a duras penas entre las viviendas de los vecinos o en improvisadas tiendas de campaña. La ciudad de Nuestra Señora de la Antigua fue durante algún tiempo con sus aproximadamente 3.500 personas, entre españoles e indios, la colonia más poblada de las Indias. En este legendario asiento aprendieron a convivir gentes de todas las clases sociales—miembros de la alta nobleza, hidalgos y pecheros—, y de razas distintas—blancos, negros e indios—así como esclavos y hombres libres, naborías e indios de encomiendas, artesanos de muy distintos oficios: carpinteros, albañiles, labradores, herreros, cirujanos... autoridades civiles y eclesiásticas. Todos ellos transplantaron en la selva del Darién la cultura occidental y el modelo de ciudad castellana que llevaban en la mente y que hubieron de adaptar con asombrosa habilidad a una nueva y desconocida frontera.

Cualquier emigrante de cualquier época y lugar aspirar a llevar consigo todos los elementos de su cultura original a la que se siente estrechamente vinculado para reproducirla en un nuevo ambiente y en un medio espacial diferente. Esta es una práctica universal y atemporal. Ahora bien, como señalaba el antropólogo Georges Foster en un trabajo pionero publicado hace ya algunos años (Foster 1960), la rama de la cultura hispánica que emigra a través del atlántico a las tierras americanas queda por fuerza desprovista de muchos elementos que conforman su cultura de origen (bibliotecas, universidades, monumentos, etc.), pues sólo una parte limitada de esos valores pueden acompañar al emigrante en su viaje y estar presentes en su nueva vida. Desde esta perspectiva estaremos de acuerdo en aceptar que la emigración empobrece culturalmente al viajero aún cuando éste disfrute de un nivel de educación elevado. ¿Y cuáles son los elementos más frecuentes en el proceso de conformación cultural? Sin duda los que integran la cultura material, especialmente aquellos que por su tamaño pueden ser más fácilmente transferibles (ropa y enseres personales, utillaje agrícola, menaje doméstico, instrumentos musicales, materiales de construcción y decoración, etc.) o bien imitados y reproducidos en la distancia siguiendo los modelos peninsulares.

Los tempranos centros coloniales, a medida que fueron creciendo y desarrollándose, demandaron de la península con mayor frecuencia una amplia variedad de productos agrícolas, ganaderos y manufacturas diversas con el deseo de reproducir en las tierras americanas el modo de vida europeo. Pero en sus inicios, los rudimentarios asientos americanos sufrían de aislamiento. Un frágil cordón umbilical—el de los barcos que surcaban las aguas del atlántico—los mantenía unidos a Castilla y garantizaba su supervivencia. Improvisados almacenes marinos trasladaron al Nuevo Mundo en un continuo ir y venir todos los insumos que una población aislada, acosada y casi siempre hambrienta demandaba con urgencia. Algunas de las flotas americanas de las que tenemos conocimiento, como la que conduce a la gran expedición colonizadora—tantas veces referida—que dirigía a la Tierra Firme del Darién (en la actual Colombia) el gobernador

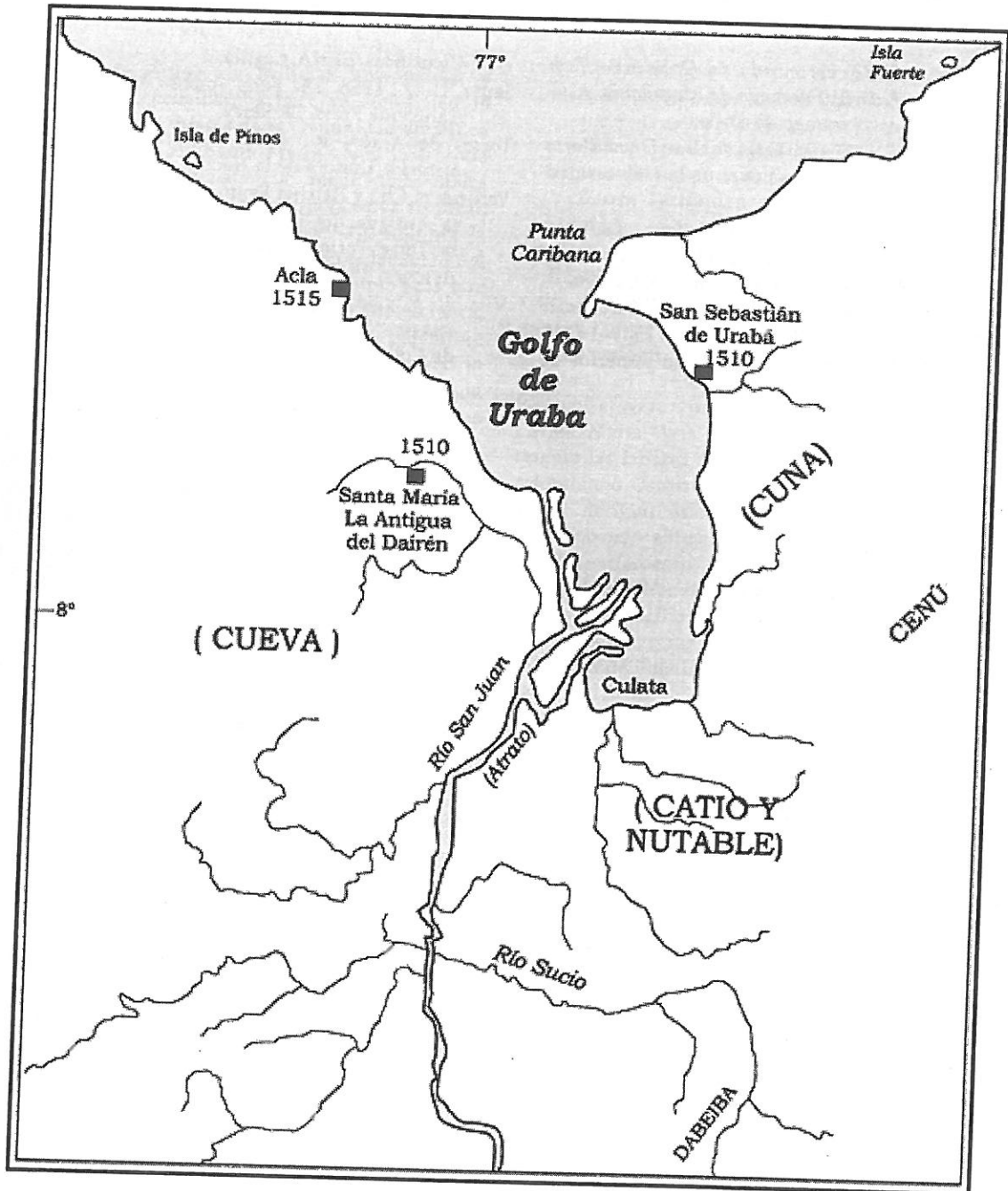


Figure 19.1: Mapa del golfo de Urabá con los primeros asentamientos españoles en Tierra Firme (fuente: Sauer 1966. Dibujo: Roberto Iglesias, 2010).

Pedrarias en 1514, compuesta por veintidós barcos y unos 1.500 hombres, resultan una prueba evidente de este admirable proceso (Mena 1998). Un listado interminable de productos agrícolas y manufacturas metálicas, incluida una importante remesa de clavazón adquirida en las ferrerías del País Vasco, además de una completísima botica con su utillaje correspondiente (morteros, redomas, botes azules, vasija vidriada) y numerosos objetos cerámicos en su mayoría para contenedores de los alimentos (botijas peruleras, envases vidriados y encerados, tarros y jarretas) embarcaron a bordo de esta flota en un esfuerzo descomunal y admirable por garantizar la supervivencia de los colonos en las nuevas tierras. De ello ya nos ocupamos en una monografía que publicamos hace algunos años dando a conocer, por primera vez, todos y cada uno de estos envíos. Lamentablemente no disponemos aquí del espacio suficiente para profundizar en tan interesante cuestión. Sirva como ejemplo una breve inspección al equipaje embarcado por algunos de los viajeros más ilustres que navegaron en la flota, como el nuevo obispo de la diócesis del Darién, el franciscano Juan de Quevedo, para entender lo que decimos.

Antes de abandonar la capital hispalense, Quevedo había hecho todas las provisiones necesarias para viajar al Darién. Los oficiales de la Casa de la Contratación proporcionaron al obispo y su nueva diócesis una lista interminable de objetos para el culto divino así como para su boato personal que acomodaron en once pesadas arcas. Pero, al parecer, sus compromisos celestiales no le eximían de otras necesidades más terrenales, sobre todo en lo referido al comer y al beber, nunca mejor dicho que "como un buen obispo". Y así fray Juan hizo acopio de una interminable lista de alimentos frescos y en conserva envasados convenientemente en jarras, botijas vidriadas y serones de esparto, además del ajuar y menaje de cocina necesario, así como otros enseres domésticos, como un brasero y una jaula, tres mesas con sus bancos respectivos, una silla de cadera y otras dos más pequeñas, dos camas completas ("una de su persona y otra de campo") y un cofre de madera de Flandes. También el obispo se preocupó de llevar consigo al que sería su nuevo hogar algunos animales, como una mula con la paja y la cebada necesaria para resistir tan largo viaje y hasta un gallinero con sus inquietas gallinas. Y lo que resulta más llamativo, transportaba además un preciado instrumento musical de cuerda y teclado: un clavicímbaro o clavecín, destinado sin duda a la nueva catedral de Santa María de la Antigua del Darién y algo más propio de un soldado que de un religioso como doce rodelas, dieciocho lanzas y seis ballestas. Dieciséis contenedores, entre pipas, serones y barriles, alojaban herramientas y clavazón en abundancia, tan necesarias en las nuevas tierras. Por supuesto Pedrarias, gobernador y responsable de la flota, no se quedaba atrás, y en el listado interminable de objetos personales decidió también transportar para la construcción de su casa en la selva darienita un pesado cargamento de mil ladrillos, probablemente fabricados con barro del Campo de Tablada y adquiridos en los alfares sevillanos. Estos fueron, sin duda, los más beneficiados de todo el territorio peninsular con la nueva coyuntura americana (Mena 1998, 119-120).

En julio de 1514 el occidente invadió la selva del Darién. Los vecinos de la villa de Santa María de la Antigua, hasta entonces más india que española, recibieron los envíos peninsulares como un auténtico maná caído del cielo. Ellos proporcionaron los medios necesarios y fueron en gran medida los responsables de que esta precaria colonia, instalada en las márgenes de la periferia, sobreviviera y permaneciera firme durante algunos años actuando como punta de lanza de otras nuevas conquistas y laboratorio de novedosas experiencias.

#### 19.4 En busca de la ciudad perdida. Los esfuerzos arqueológicos en la selva del Darién colombiano

Lentamente conforme la frontera se desplaza hacia las sabanas occidentales, al compás de la conquista militar del territorio, el Darién pierde interés. Como ya señalábamos en un estudio reciente,

el agotamiento de sus lavaderos auríferos, la punición de los cacicazgos indígenas y la decisión de Pedrarias de trasladar el centro civil y religioso de la administración colonial a la nueva ciudad de Panamá, asomada al Pacífico, provoca su paulatina despoblación. Y es así como Santa María de la Antigua, antaño colonia numerosa, escenario vivo de una de las experiencias coloniales más fascinantes y peor conocidas del pasado americano, fue desmantelada para siempre. En 1524 la resistencia numantina de un puñado de vecinos, demasiado viejos o enfermos para buscar un nuevo paraíso, es doblegada por un ataque de la indiada que provoca una masacre y reduce a cenizas todas las viviendas. La frontera del oro y del hambre, escenario de encuentros y experiencias nuevas, paraíso de ilusiones y vidas truncadas, se cierra definitivamente para acabar siendo engullida por el verde esmeralda de una selva que todo lo arropa (Mena 2011, 29).

¿Dónde se oculta la primera ciudad continental de la América Hispana? Desde que fue desmantelada e incendiada en las primeras décadas del siglo XVI ya nadie se ocupó de ella. Sólo un puñado de negros rebeldes buscó refugio en sus ruinas para ocultarse de sus amos durante algún tiempo, tal vez sólo unos meses. Se inicia a partir de entonces un proceso de olvido que resulta irremediable. No obstante y durante algún tiempo la ciudad permanece viva en la memoria colectiva de quienes la conocieron u oyeron hablar de ella. Luego un largo silencio de siglos. La selva hizo lo demás: el proceso de sedimentación de los suelos aluviales y la cobertura vegetal fue colmatando el sitio y encerrándolo en las entrañas de la tierra como se esconde un tesoro a la vista de los hombres.

Desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, con la formación de las nuevas naciones americanas, las antiguas fronteras coloniales se desplazan acorde con los intereses



estratégicos de cada país. Es así como el Darién de Balboa y Pedrarias, escenario de los tiempos más remotos de la historia panameña, pasa a formar parte desde 1903, año en el que Panamá se proclama como nación libre y soberana, de la república de Colombia. Actualmente ambos países,—Panamá y Colombia—reivindican como suyo propio el legado histórico de Santa María de la Antigua.

Reina Torres de Araúz, la brillante antropóloga y etnógrafa panameña, consideraba hace ya algún tiempo que la aparente falta de interés de la comunidad científica por la ciudad española de Santa María venía justificada especialmente por las circunstancias medio-ambientales que caracterizan a esta región de la pluvioselva tropical, tan adversas a los trabajos arqueológicos. No sólo por la densa cubierta vegetal que han dificultado el hallazgo del sitio sino también por las condiciones climatológicas que sólo permiten las labores de campo durante la estación seca, no más de tres o cuatro meses al año (finales de diciembre a finales de marzo). Otros elementos han favorecido el abandono, en especial el desdén de la arqueología americana deslumbrada por las grandes y ricas áreas culturales prehispánicas y poco interesada en enclaves periféricos, como el que nos ocupa, y que ha sido percibido durante mucho tiempo como una especie de *terra incógnita* (Torres de Araúz 1975, 102 ss.).

En un trabajo muy reciente dimos un repaso a las prospecciones arqueológicas más importantes que se han realizado a lo largo de estos dos últimos siglos, todas ellas encaminadas a una localización precisa del legendario asiento español y todas ellas muy meritorias no sólo por las adversidades medioambientales ya referidas, sino también por la escasez de medios económicos para financiar las labores (Mena 2011, 61–68). En los últimos años del siglo XX y comienzos del actual esta región fronteriza conocida como "el tapón del Darién", entre las actuales repúblicas de Panamá y Colombia, viene siendo escenario de graves conflictos armados que entorpecen y ponen en serio peligro el trabajo de los arqueólogos. Desde las investigaciones en el siglo XIX de Luis Catat y Armando Reclús a las del arqueólogo sueco Earl Nordenskiöld junto a Sigvald Linné (1927), las más importantes se realizaron desde mediados del siglo XX. En especial destaca la protagonizada por el infatigable monarca Leopoldo de Bélgica en 1956 para descubrir la ruta de Vasco Núñez de Balboa, que resulta especialmente relevante tanto por los resultados científicos como por la talla de algunos de los miembros de la expedición, en especial José María Cruxent, en aquel entonces director del Museo de Ciencias Naturales de Venezuela y al que se considera con rigor "el padre de la arqueología científica de Venezuela" y de buena parte del continente americano, así como el historiador belga Charles Verlinden y el arqueólogo austriaco Reichel Dolmatoff. Como ya señalamos, esta expedición realizada en el Chocó colombiano marcó un hito importante en la búsqueda de la ciudad perdida, pues dio como resultado la localización exacta del asiento en el municipio de Unguía, precisamente sobre un pequeño promontorio rodeado por el río Tanela y próximo a los ríos Tilo y Cutí, a unos siete kilómetros y medio de distancia de la costa. Allí bajo los restos de la ocupación española se descubrió un asentamiento

indígena e indicios importantes de la ocupación española como la cimentación de algunas viviendas, numerosos restos cerámicos y objetos metálicos, entre otras huellas testimoniales que indicaban la existencia de un poblado indo-español, lo que llevó a Charles Verlinden y Reichel Dolmatoff a la siguiente conclusión:

*...prouver que c'est bien aux reste d'un établissement espagnol du début du XVIe siècle que nous avons affaire. Aucun autre établissement n'étant signalé par les textes Dans la région, il ne pouvait s'agir que de Santa María la Antigua del Darién* (Verlinden y Reichel Dolmatoff 1958, 14).

En adelante el municipio chocono de Unguía recibe la visita de nuevas expediciones arqueológicas. Entre ellas merece citarse la del grupo de científicos panameños de la Universidad de Santa María de la Antigua (USMA), realizada en 1966, en la que participaron José Manuel Reverte, el rector, padre Benjamín Ayeche, y el vicerrector Carlos María Ariz. Y en la década de los sesenta y setenta las labores de campo realizadas por el arqueólogo colombiano Graziliano Vélez. La actividad arqueológica en el antiguo asiento español sigue hoy día en pie con renovado entusiasmo. Un equipo de investigadores del Departamento de Historia y Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, dirigido por los profesores Virgilio Becerra y Paolo Vignolo realizan desde el 2006 una meritoria actuación histórico-arqueológica en el caserío de Tanela, en pleno Chocó colombiano, a pesar de la situación de violencia y conflicto armado que sigue agitando a estos territorios.

## Bibliografía

- Anderson, C. L. G., 1911, *Old Panama and Castilla del Oro*, The Sudwarth Company, Washington. <https://ia700400.us.archive.org/20/items/cu31924021199728/cu31924021199728.pdf>
- Arcila Vélez, G., 1986, *Santa María de la Antigua del Darién. Informe de las investigaciones*, Presidencia de Colombia, Secretaría de Educación y Prensa, Bogotá.
- Cruxent, J. M., 1959, *Informe sobre un reconocimiento arqueológico en el Darién (Panamá)*, Publicación especial de la Revista Lotería, 9, Panamá.
- Fernández de Oviedo, G., 1959, *Historia General y Natural de las Indias*, Ed. Juan Pérez de Tudela, 5 vols., Biblioteca de Autores Españoles (B.A.E.), Madrid.
- Foster, G. M., 1960, *Culture and Conquest. America's Spanish Heritage*, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Inc., New York.
- García Casares, J., 2007, *Historia del Darién: cuevas, cunas, españoles, afros, presencia y actualidad de los choocos*, Editorial Universitaria Carlos Manuel Gasteazoro, Panamá.
- Hardoy, J. E., y Morse, R. P., 1989, "El abandono de las ciudades hispanoamericanas" y "Localización y causas de abandono de las ciudades hispanoamericanas durante las primeras décadas del siglo XVI", en



- Nuevas perspectivas en los Estudios sobre Historia Urbana Latinoamericana*, 9–39, Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo -IIED- América Latina, Buenos Aires.
- Lucena Giraldo, M., 2005, *A los cuatro vientos. Las ciudades de la América Hispana*, Marcial Pons-Fundación Carolina.
- Medina, J. T., 1913, *El descubrimiento del Océano Pacífico: Vasco Núñez de Balboa, Hernando de Magallanes y sus compañeros*, 2 vols., Santiago de Chile.
- Mena, C., 1992, *Pedrarias Dávila o la Ira de Dios. Una historia olvidada*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Mena, C., 1998, *Sevilla y las flotas de Indias. La Gran Armada de Castilla del Oro (1513–1514)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Mena, C., 2011, *El Oro del Darién. Entradas y Cabalgadas en la conquista de Tierra Firme (1509–1524)*, Centro de Estudios Andaluces/Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla.
- Reverte, J. M., 1986, Santa María la Antigua del Darién, en *Revista La Antigua*, 36–37, 133–135.
- Romoli, K., 1953, *Balboa of Darien: Discoverer of the Pacific*, Doubleday, Nueva York.
- Sánchez Bella, I., 1968, *La organización financiera de las Indias. Siglo XVI*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, EEHA, Sevilla.
- Sauer, C. O., 1966, *The Early Spanish Main*, University of California Press, Berkeley.
- Torres de Araúz, R., 1975, *Etnoecología de una región histórica*, Editora de la Nación, Panamá.
- Verlinden, Ch., y Reichel Dolmatoff, G., 1958, Santa María la Antigua del Darién, première ville coloniale de la Terre Ferme americaine, *Revista de Historia de América*, 45, 1–48.
- Vignolo, P., y Becerra, V., 2011, *Tierra Firme. El Darién en el imaginario de los conquistadores*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.